

FRANCISCO
ORTEGA



ALIENÍGENAS
CHILENOS

FRANCISCO ORTEGA

ALIENÍGENAS
CHILENOS

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2020, Francisco Ortega

Derechos exclusivos de edición

© 2018, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia,
Santiago de Chile

1ª edición: marzo de 2020

ISBN: 978-956-360-700-0

Impreso en: Gràfhika Impresores Ltda.

Los extraterrestres no existen

Siempre he estado cerca de la ufología. En un principio como fan, como creyente, como aficionado; pero luego como crítico, escéptico, y contrario. Y ahora, en este libro, como una suerte de investigador y cronista del folklore espacial. Escribir un libro como este equivale a saldar una deuda. *Alienígenas chilenos* es un texto sobre ovnis y seres de otros mundos, es también una colección de relatos sobre mitos y leyendas; sobre el cruce entre el mundo de la Guerra Fría y la Era espacial-atómica; un libro que plantea constantemente la pregunta sobre creer, aunque la lógica nos diga lo contrario. Acá no hay verdades definitivas, solo historias. *Alienígenas chilenos* es el libro hermano de *Dioses chilenos* y está más cerca de Oreste Plath que de *History Channel*. Es un viaje a través de un país mágico y misterioso, una larga conversación con personas que vieron algo raro bajar del cielo; con personas que entendieron que es más importante hacerse preguntas que responderlas. Pienso que los extraterrestres no existen, deduzco que los ovnis obedecen a fenómenos naturales o creaciones humanas como aviones secretos probándose alrededor del mundo desde 1947 o drones con forma de platillo. Eso, sin embargo, no quita que confíe en lo que muchos testigos me han contado. Ellos vieron algo y a estas alturas ya no me importa “eso” que vieron, sino la experiencia. Algo hay arriba, quizás un algo que nunca debiera ser explicado, porque vivimos es un lugar entre la poesía popular y la ciencia. Este es otro libro para niñas y niños de 8 a 88 años; bienvenidos a una dulce patria de seres extraordinarios.



EL PRIMER CONTACTO

1

Cascada Queltehue, Cajón del Maipo.
Sábado 7 enero, 1998.
23.01

—Por encima del cerro, debajo de la Cruz del Sur, ¿lo ves? Hacia allá.

—No...

—Pero, ¿cómo no lo ves? Es enorme, de unos veinte metros, como un avión, cambia de forma y de colores. Es un plato y, ahora, un triángulo. Tiene tres luces rojas en la parte inferior... Más bien son anaranjadas. ¿De verdad, Francisco, no lo ves?

—No, no veo nada... Solo estrellas. ¿Ustedes ven algo? —miré a los que me acompañaban.

—¡Sí, ahí está la nave! —me contestan las otras diez personas presentes en una explanada dos kilómetros al sur del salto Queltehue, a hora y media del centro de Santiago de Chile.

—¡¡¡Hay una más grande!!! —grita con entusiasmo una de las mujeres del grupo, Paulina—. ¡Es una nave nodriza!

Paulina es psicóloga y también música. Trabaja en varios colegios del sector oriente de la capital y desde hace seis años forma parte de FUPEC, la Fundación Universal para el Encuentro Cósmico. Un grupo interdisciplinario que se junta para hablar de ovnis y extraterrestres y para organizar jornadas de «Encuentros Cercanos» en la zona del Cajón del Maipo.

—¿Hasta qué tipo de Encuentro Cercano han llegado? —les pregunté camino a Queltehue.

—Primer y Segundo Tipo, solo los Maestros han vivido Encuentros Cercanos del Tercer Tipo.

—¿Maestros como Patricio? —recuerdo que pregunté.

—Todo a su debido tiempo —me respondió el conductor de una de las tres camionetas en las que subimos hacia el nacimiento del río más importante de la región metropolitana.

La idea de Encuentros Cercanos —así con mayúsculas—, no fue inventada por Steven Spielberg para la película del mismo nombre, sino por el astrónomo y doctor en física Josef Allen Hynek (1910-86) de la Universidad de Chicago. Hynek, que fue asesor de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos en materia ovni desde 1947 con el proyecto *Signo* hasta 1969 con el proyecto *Libro Azul*, tipificó en tres tipos los avistamientos de objetos inusuales en el cielo: *Encuentro cercano del primer tipo*, que es avistar una nave desconocida en un área no mayor a los 150 metros; *Encuentro cercano del segundo tipo*, registro con pruebas de un aterrizaje “alienígena”; y *Encuentro cercano del tercer tipo*, contacto real con los tripulantes del ovni.

FUPEC fue mi primer contacto con el mundo de la ufología, los conocí a los 13 años y perdí vínculo con ellos a medida que fui creciendo y otros intereses fueron llenando mis distintos vasos. El reencontro sucedió de manera casi obligada, un encargo periodístico, la obsesión de un par de editores. Y ahí estaba, un sábado por la noche del caluroso marzo de 1998, buscando tener un Encuentro Cercano de algún Tipo...

—Por allá, Francisco —insistía Patricio—. Ahora acaba de materializarse una nave nodriza en forma de puro, como un cilindro...

—¿Materializarse?

—Saltó desde su dimensión.

Pensé en *Robotech* y la idea de la transposición, pero no dije nada.

—Debe medir unos 300 metros de largo, es más grande que un barco —comentó otro.

—No veo nada, ¿cuántas naves hay?

—Dos, la nave nodriza en forma de puro y el otro objeto...

—El que cambia de forma.

—Sí, el que cambia de forma, ahora es una pirámide hermosa.

Debe ser un F-117, pienso, recordando que, por más de veinte años, la Fuerza Aérea de los Estados Unidos disfrazaba su avión invisible en forma de diamante, el Lockheed F-117, como un ovni en forma piramidal. Les funcionó. Así volaron sobre todo el mundo, incluso en Chile.

—No veo nada —y era verdad, no veía nada, solo estrellas.

Paulina se acercó, me tomó la cabeza y me hizo mirar hacia el oriente, en dirección a los macizos de Lo Valdés.

—¿Ahora puedes verlos?

Entonces los vi.

—Sí, ahora sí.

2

En junio de 2018 fui invitado a presentar la novela *El Fuego Invisible* de Javier Sierra, obra ganadora del Premio Planeta 2017. Durante la conversación, realizada en el museo MAVI de Santiago de Chile, le hice la siguiente pregunta al autor y novelista español.

—Javier, en *El Fuego Invisible*, la presencia del Grial se une con el acto creativo, el ardor interior que nos hace dar forma a una idea. Ya leímos tu «Fuego Invisible», me gustaría saber, ¿cuál fue tu fuego inicial?

—Pues Francisco, te responderé con una sola frase. En el principio estuvieron los ovnis.

Entendí perfectamente a qué se refería. También Gonzalo Martínez, coautor de *Mocha Dick*, con quien estaba aquella noche: «Tiene razón, en un principio estuvieron los ovnis».

Y en mi caso particular la culpa de ese inicio es de *Encuentros Cercanos del Tercer Tipo*, una de las tres películas más importantes de mi vida. Las otras dos son *Moby Dick* de John Huston y *El Imperio Contraataca*.

Mientras *Moby Dick* la vi en televisión, en *Tardes de Cine*, ese espacio de películas antiguas que TVN programaba de lunes a viernes a

media tarde; las otras dos las vi en el viejo cine de Victoria, ubicado a un costado de la Plaza de Armas y del aún existente Hotel *Rucapulco*. El cine de Victoria se especializaba en programas dobles proyectados en rotativo.

No era la versión original de 1977 de *Encuentros Cercanos del Tercer Tipo*, sino la *Edición especial* de 1980, que extendía el final mostrando el interior del ovni además de añadir la secuencia del barco *Cotopaxi* y por supuesto una de mis escenas favoritas de la pantalla de cualquier tamaño, la de la sombra que atraviesa la noche. El filme de Spielberg me aterró, me maravilló, me fascinó, me transportó y a la larga se transformó en una pieza clave del armable Lego que soy. Si me perdiera en una isla desierta y me ofrecieran la oportunidad de llevar un solo filme, llevaría una copia de *Encuentros Cercanos del Tercer Tipo*. Puedo verla todos los días sin aburrirme, es más, creo que la he visto más de mil veces. Es parte de mi ritual de Semana Santa, mi filme religioso por excelencia, la búsqueda personal de un dios musical y luminoso que baja de las estrellas.

¿Hay línea más hermosa en la historia del cine que «El sol bajó anoche y me cantó»? No lo creo.

Existen cosas que uno aprende de niño y nunca se olvidan, como los nombres de los dinosaurios o los poderes de los dioses de la mitología griega. El escritor Neil Gaiman escribe en *La vista desde las últimas filas* que puedes olvidar la formación y las estadísticas de determinados años de tu club de fútbol favorito, pero jamás las diferencias entre un Albertosaurio y un T-Rex. O superar el trauma cuando supiste que el Brontosaurio no existía, sino se trataba de un diplodócido llamado Apatosaurio, nombre por supuesto hartito menos épico que Brontosaurio. Pasa. Yo añado a esa lista los platillos voladores. Aún, a mis 46 años, puedo identificar los nombres y fechas de las fotos más famosas de objetos voladores supuestamente alienígenas. Y sé los nombres de todos los involucrados en el caso Roswell.

Crecí siendo un nerd de los ovnis. Recortaba noticias que aparecían en los diarios, dibujaba especies distintas de alienígenas y a temprana edad comencé a juntar y a coleccionar libros de platillos voladores,

desde los suplementos que aparecían con los diarios *La Tercera* y *la Cuarta*, hasta libros de Erich Von Daniken y J. J. Benítez que mi madre me conseguía en las librerías Universitaria y Universidad de la Frontera de Temuco. Por ahí aún guardo mis copias infantiles de *El oro de los dioses* y *Encuentro en montaña roja*, también la de *El Triángulo de las Bermudas* de Charles Berlitz, que nunca regresé a mi amigo Pablo Fellmer. Entonces quería ser ufólogo, porque pensaba que la ufología era una ciencia seria, como la astronomía o la biología marina, culpa de la revista *Mampato* que en sus reportajes sobre ovnis aseguraba que los platillos voladores eran estudiados por los hombres de ciencia de la NASA. Nada más alejado de la realidad, nada más adecuado para la formación intelectual de un adolescente nerd, tímido, malo para la pelota y los deportes y con demasiado tiempo libre en un pueblo en el corazón de la nada en mitad de la década más compleja de la historia reciente de Chile. Buscar ovnis era de alguna manera buscar un lugar en el mundo. Bajo la superficie, al otro lado del espejo, no se trataba de extraterrestres, aunque tardaría mucho tiempo en entenderlo.

Y sí, estudié periodismo como una manera de dedicarme a la ufología, porque mi admirado J. J. Benítez era periodista. También para escribir guiones de comics. He escrito comics y novelas, me faltaba regresar a la ufología. O aceptar que nunca se había ido.

Cuando uno crece, busca grupos de pertenencia. Yo encontré dos. MUFON Chile y FUPEC. De MUFON Chile y Jorge Anfruns hablaré en otro capítulo, lo que corresponde ahora es FUPEC y mi experiencia con los contactistas.

Mediados de 1987. Tengo 13 años y en un especial del diario *La Tercera* encuentro un reportaje a un grupo llamado FUPEC, siglas de la Fundación Universal para el Encuentro Cósmico. En *Mundo Espacial*, el legendario espacio diario que cada noche conducía Patricio Varela en Radio Portales, también hablaban de ellos y José Alfredo “Pollo” Fuentes los había entrevistado en Éxito, programa que en Victoria recién estábamos viendo, ya que Canal 13 no llevaba ni un año sintonizándose en la Araucanía. Los FUPEC hablaban de ovnis, de distintas razas, de Encuentros Cercanos y de la necesidad de coordinar las relaciones

humanas con alienígenas benignos para enfrentar a seres grises y hostiles que también habían llegado a nuestro planeta. En el reportaje de *La Tercera* dejaban un teléfono y una dirección postal para contactarlos. Tomé una hoja de oficio, la puse dentro del carro de la Olivetti Lettera 35 de mi abuelo y les escribí manifestando mi interés de cooperar con ellos. A los 13 años, uno se entusiasma con eso de participar en una guerra alienígena entre extraterrestres buenos y extraterrestres malignos.

¿Todo tiene que ver con *Star Wars*, no?

Debe haber pasado una semana cuando recibí respuesta. Era un tal Arturo y en su misiva me trataba de “hermanito Ortega” y me pedía mi teléfono para coordinar un encuentro. En mi casa no había teléfono así que no se lo di. Tampoco le respondí, me dio miedo eso de hermanito Ortega. Además ya tenía mucho con los hermanos de la Iglesia. En aquellos años yo participaba en los grupos juveniles de la Primera Iglesia Alianza Cristiana y Misionera de Victoria, una congregación evangélica de la que mi abuelo Víctor era Hermano Anciano (algo así como Diácono) y miembro de los Caballeros Gedeones (los Masones evangélicos). Mi abuela y mi mamá tocaban el armonio en las reuniones y dirigían el coro. Otro sitio en el cual yo no encajaba mucho, pero iba por obligación/tradición familiar. Hacía rato que los libros y los comics me interesaban hartos más que la Biblia y mi gusto por el rock y el cine no conjugaban mucho con los mandatos evangélicos. Además para entonces yo solo veía extraterrestres en los libros del Antiguo Testamento, sobre todo en los primeros versículos de Ezequiel, y eso que no había leído el clásico *¿Fue Jehová un Cosmonauta?* de Ricardo Santander Batalla. Estoy bastante seguro que fueron los ovnis los que me alejaron de la Iglesia, más que Pink Floyd o *Star Wars*. Mientras algunos pasan la vida buscando un Dios colgado de un madero en forma de cruz, yo buscaba dioses que viajaran por el espacio en naves en forma de platillo, como el Jesús de *Caballo de Troya* de J. J. Benítez. La ufología fue mi personal rebelión punk.

Nunca le respondí al tal Arturo y jamás volví a saber de él. Sí mantuve contacto con FUPEC por algunos años. Seis meses después de la

primera carta recibí una encomienda. Un tal Maestro Alberto, argentino de Capilla del Monte, Córdoba, me daba la bienvenida y me enviaba de regalo cinco ejemplares del folletín que publicaba bimensualmente la Fundación, unas revistas en blanco y negro, fotocopias y pegadas con corchetes. Si quería seguir recibéndolas debía enviar un cheque a una casilla de Santiago por 20 mil pesos. Nunca lo hice, a pesar de su insistencia. A su favor debo decir que el tal Maestro Alberto jamás supo que yo tenía 13 años y era solo un niño que cursaba el octavo año C en la escuela E-209 de Victoria.

No mandé los 20 mil pesos, pero sí seguí en contacto con FUPEC al menos por un par de años, cuando encontré que MUFON era una alternativa más seria. Durante ese tiempo, recibía por cartas, historias de todo tipo de personas de Chile y Argentina que estaban en contacto con seres a los que el Maestro Alberto llamaba Hermanos Mayores, nuestros guías espirituales, nuestros ángeles de la guarda intergalácticos.

Uno de mis últimos contactos con FUPEC fue en mayo de 1987, cuando el Maestro Alberto me invitó a conversar con la Maestra Lucía, una contactada que hacía una gira por Chile y que iba a estar en julio de ese año en el aula magna de la Universidad Católica de Temuco hablando del plan cósmico de los Hermanos Mayores. Como yo era miembro de FUPEC no iba a tener que pagar para entrar, solo decir que el Maestro Alberto me había invitado. En absoluto en mi casa no tenían idea de esta historia. Imagino que a la distancia a mis padres no les haría mucha gracia que su hijo de 14 años viajara a Temuco, un viernes en la tarde a reunirse con gente mayor a la que había conocido por carta. Debo haber inventado que iba a Temuco a ver una película, porque no me dijeron nada, ni hicieron preguntas. En esos años, los padres nunca hacían tantas preguntas. Ventajas de vivir en la burbuja de un pueblo sureño en los 80, como sacado de *Stranger Things*.

3

El Maestro Alberto nunca llegó a Temuco. Sí la Maestra Lucía. Me acuerdo que no había mucha gente en el aula magna. Llovía como llovía antes en Temuco y supuse que como era viernes la mayoría de la

gente se había guardado temprano. Eso era preferible a la idea –bastante lógica– de que a nadie le importaba escuchar acerca de nuestros Hermanos Mayores. Los presentes no eran más de veinte y salvo el hijo de una señora yo era el más joven en esa aula magna demasiado vacía y demasiado grande.

Nos pidieron que nos acercáramos.

La maestra Lucía habló sentada en medio del escenario, sin apoyo de proyecciones ni diapositivas. Nadie la entrevistó, salvo una persona de extensión cultural de la Casa de Estudios que se limitó a presentarla, darle la bienvenida y pedirnos que la aplaudiéramos. Fue un aplauso bien triste.

«La primera vez que tuve contacto con los Hermanos Mayores yo tenía 12 años y vivía con mis abuelos en el valle del Elqui, en el pueblito de El Molle», comenzó la Maestra Lucía, que con la distancia me parece una ensalada de lugares comunes, desde su proveniencia en el valle más cósmico de Chile hasta su nombre, Lucía, portadora de luz y sabiduría además de ser tocaya de la gran profeta-poetisa del Elqui, Lucía-Gabriela. Como sea, ese viernes de 1987, la Maestra Lucía se convirtió en la primera contactada que conocí en mi vida.

«El valle del Elqui es el nuevo Sinaí», aseguraba la Maestra Lucía. «La montaña energética donde Dios bajó a hablar con los hombres se trasladó y ahora está en el Valle, donde los Hermanos Mayores entregarán sus nuevos mandamientos».

Según ella, los Hermanos Mayores provenían de múltiples mundos, aunque su planeta natal orbitaba una de las estrellas de la constelación de Sirio. Sin embargo, los que nos visitaban operaban desde una estación en la luna Ganimedes de Júpiter, desde donde viajaban a la Tierra a través de portales o en naves de energía, que no eran otra cosa que los mismos carros de fuego descritos en la Biblia. Porque por supuesto los extraterrestres eran la encarnación contemporánea de los ángeles y arcángeles del libro sagrado de la fe cristiana.

«El Arcángel Gabriel fue el primero que me visitó. Es alto y rubio, con largos cabellos como oro, la piel blanca y casi transparente. Viste de blanco, con un traje parecido al de un astronauta y con una mochila

con cohetes en la espalda. Estos cohetes no son como los de la Tierra, sino que despiden energía, envolviendo el cuerpo entero de Gabriel en un halo amarillo brillante, con destellos que se prolongan hacia los lados por encima de los hombros». Fue ahí cuando la Maestra Lucía nos explicó que por eso los antiguos veían a los Ángeles y Arcángeles con túnicas resplandecientes y alas en la espalda.

«La primera vez que los vi, bajaron en un carro de luz, en forma de plato volador. Después lo hacían teleportándose a través de tubos de luz». Del resto de la charla recuerdo que habló del mensaje de paz, que iban a seguir apareciéndose y buscando profetas, preparando a la humanidad para el gran encuentro que iba a suceder antes del año 2005. Según la Maestra Lucía la mayor cantidad de alienígenas nórdicos que solían avistarse en nuestro país y en Argentina eran en realidad estos Hermanos Mayores que por miles de años hemos visto como seres divinos, cuando solo están en una escala superior, apenas un poco por sobre nosotros. Nuestro destino era convertirnos en ellos, ser *ángeles*.

Ahí comenzó mi divorcio con FUPEC. No había nada de búsqueda «científica» en el grupo, algo que venía sospechando desde la primera carta pero que en esa charla confirmé. En simple, no había en ellos el espíritu del personaje de Francois Truffaut en *Encuentros cercanos del tercer tipo*, sino que estaban más cerca de aquel personaje evangélico de la película, que silbaba himnos cristianos mientras esperaba el paso de los discos voladores. Y para entonces, yo no quería más evangélicos en mi vida, por mucho que ambas congregaciones creyeran en seres de otros mundos.

Creo que lo único que realmente me interesó de la charla de la Maestra Lucía era lo referente a la guerra invisible que venía desarrollándose en nuestro mundo desde 1954. Según ella, ese año el gobierno de los Estados Unidos había pactado con una raza de seres reptilianos provenientes de dos mundos, Zeta Retículi y Draco, planetas que orbitaban estrellas del sistema Epsilon Eridaní distante a poco más de 10 años luz de nuestro mundo.

«El Arcángel Extraterrestre Gabriel me advirtió de este pacto. A cambio de tecnología, el gobierno de Estados Unidos autorizó a los

reptilianos a infiltrarse en nuestra especie, además de raptar personas para realizar experimentos genéticos. Uno de estos experimentos fue realizado sobre primates y caninos para crear una nueva especie depredadora, que soltaron en México. Este ser se salió de control, comenzó a infectar a otros animales y creo lo que hoy conocemos como Chupacabras». Lo relevante del tema, es que aún faltaban diez años para que el tema del Chupacabras llegara masivamente a Chile.

La Maestra Lucía hablaba de una guerra invisible. Estados Unidos, Europa y los rusos estaban dominados por esta raza hostil, sin posibilidades de vencer. Habían vendido su alma. Por eso los Hermanos Mayores, el Arcángel Gabriel y sus hermanos escogieron Sudamérica como base de operaciones. El Elqui era el valle del futuro Armagedón, donde los extraterrestres de Sirio enfrentarían a los reptiles de Draco, en una guerra destinada a cambiar para siempre el estatus de nuestro mundo en la federación galáctica. Y Chile y Argentina serían las naciones bendecidas y destinadas a liderar esta cruzada.

Para justificar la veracidad de sus palabras, la Maestra Lucía citó un diálogo entre Ronald Reagan y Mikhail Gorbachov, que de acuerdo a las palabras de la embajadora de FUPEC, demostraba el estado de guerra y temor en el que estaban los gobiernos de Estados Unidos y la entonces Unión Soviética: «Obsesionados por las rivalidades del momento, nos olvidamos muchas veces de todo lo que une a los miembros de la humanidad. Acaso nos hace falta alguna amenaza mundial exterior para tomar conciencia de tal vínculo. Algunas veces pienso que nuestras diferencias desaparecerían rápidamente si debiéramos enfrentarnos con una amenaza extraterrestre. Y, sin embargo, les pregunto. ¿No existe ya entre nosotros una fuerza extraterrestre?», pronunció Reagan en las Naciones Unidas.

«Tal vez necesitamos alguna amenaza externa universal para hacernos reconocer este vínculo común. De vez en cuando pienso qué tan rápido se desvanecerían nuestras diferencias en todo el mundo si nos enfrentamos a una amenaza alienígena de fuera de este mundo», le respondió Gorbachov. En palabras de la Maestra Lucía, confirmación de la horrible verdad que dominaba el Primer Mundo, porque

«obviamente no iban a reconocer abiertamente el estado de pavor en el que se encontraban».

La conferencista de FUPEC acabó su charla relatando su propio encuentro con un reptiliano. «Son altos y delgados, de piel gris y cabezas ovaladas con grandes ojos negros. Han venido muchas veces a molestarme por la noche, asustarme por mi vínculo con el Arcángel Gabriel. Pueden mover cosas y convertirse en neblina, como los vampiros. No hablan, pero silban agudamente y en cada silbido insertan pensamientos negativos. Son el dragón, el Satanás de la Biblia y quieren destruirnos y dominarnos. Les advierto a ustedes, hermanitos, que tengan cuidado con los reptilianos, la antigua serpiente persigue a los servidores de la luz como nosotros. Estamos en una guerra sagrada».

Uno de los presentes, un caballero de unos 50 años, levantó la mano y contó acerca de un encuentro con un reptiliano que había tenido hacía un par de años entre Pucón y Villarrica. Según él no era gris, sino negro y tenía los ojos grandes y amarillos. No hablaba y había bajado desde una nave en forma de estrella que se estrelló cerca del volcán Villarrica. De acuerdo a su relato, este ser oscuro y de ojos brillantes había vuelto varias veces a su casa, ubicada en el campo, y se mostraba obsesionado con sus nietos.

La Maestra Lucía le advirtió que tuviese cuidado, ya que los *servidores de Draco* sentían especial predilección por los niños, a quienes vampirizaban psíquicamente, «que es igual a chupar la sangre, pero a través de la mente». También aprovechó de informar a los presentes que debíamos tener mucho cuidado con el lago Villarrica porque era un lugar pervertido en el cual los extraterrestres reptilianos habían establecido una base subacuática.

Lo último ya lo había escuchado y hacía relación con el mito del Monstruo del Villarrica¹. Lo otro y en lo cual la Maestra Lucía no hizo hincapié es que el ser negro con ojos brillantes es otra clase de alienígena chileno que suele aparecerse en el sur de nuestro país y al cual revisaremos algunos capítulos más adelante.

1. Véase capítulo «El Monstruo del Lago», en *Dioses Chilenos*. Ortega, Francisco. Planeta, 2018.

Deben haber sido las 20.30 horas cuando terminé mi relación con FUPEC, o eso creía. En cuarenta y cinco minutos salía el último bus a Victoria, así que no participé de la parte final de la charla. Tampoco tenía ganas. Definitivamente el contactismo no era una rama de la ufología que me interesara, más allá de lo asombroso de algunos testimonios.

4

Once años después. Verano de 1998 y pocos temas periodísticos en el ambiente. Un día miércoles a las 16.30 en las oficinas de suplemento del diario *El Mercurio*. El hoy periodista deportivo Felipe Bianchi y el hoy escritor de novelas infantiles Esteban Cabezas encabezaban una reunión de pauta de la desaparecida revista *Zona de Contacto* en su cargo de jefes de suplementos. Hernán Díaz y Gonzalo Maza (quien hoy brilla como guionista, tras ganar el Oscar con *Una mujer fantástica*) eran los responsables de la publicación y estaban obsesionados con hacer -medio en broma y medio en serio- un especial de ovnis. Ya saben, el verano solía necesitar temas ligeros, extraños, para llenar páginas, eran los 90, era otra era. Importante señalar que también estaba en la reunión un joven crítico de cine llamado Juan Andrés Salfate, la escritora María José Viera-Gallo, el periodista Raúl Márquez y el actual director de radio Concierto Sergio Cancino.

Tuve la idea de contarles mi experiencia adolescente con FUPEC y Gonzalo Maza, en un arranque de creatividad, me apuntó.

—Listo, eres el hombre. Vas a recontactar a FUPEC y participarás con ellos en una sesión de contactismo. Además entrevistarás a Sixto Paz, con quien nos ofrecen una exclusiva—. Entonces Sixto Paz seguía siendo el contactado más célebre del mundo.

—Ok.

Nos dividimos. Sergio Cancino y María José Viera-Gallo se hicieron cargo de ovnis en la cultura popular, desde canciones de los Pixies y Yes hasta *Papelucho y el Marciano*. Salfate se iba a encargar de ovnis en el cine y teorías de conspiración (fue la primera vez que escribió al

respecto y los chilenos ya saben qué pasó después) y yo debía ir por lo más importante del especial, los verdaderos extraterrestres.

Lo primero fue encontrar a FUPEC, lo segundo concertar la cita con Sixto Paz. Lo segundo fue más fácil. FUPEC al parecer ya no existía; quizás el Maestro Alberto y la Maestra Lucía habían huido a las estrellas.

Nos juntamos con Sixto Paz (Lima, 1955) en un departamento en el tercer piso de un edificio de cinco niveles en calle Huelén, a pocos metros de la avenida Providencia. El lugar era la casa de un amigo del escritor, contactista y conferencista peruano y, según me confesó, lo más parecido a un hogar que tenía cada vez que venía a Chile, país que frecuentaba desde fines de la década de los 70, cuando aquí se instaló la segunda filial de Misión Rahma, el grupo esotérico e iniciático que Paz fundó en Perú, tras hacerse famoso por haber hablado con visitantes de otros planetas. Fama que se acrecentó gracias al libro *Ovnis, SOS a la Humanidad* que en 1975 marcó el debut en librerías de un joven periodista español llamado Juan José Benítez. Aproveché de preguntarle si conocía a FUPEC. Muy amable, Sixto Paz me respondió que solo de oído y que sus fundadores, en Argentina, habían tergiversando el mensaje original de Misión Rahma.

A principios de los 70, Sixto Paz era un profesional limeño común y corriente hasta que un ovni se cruzó en su vida. La nave provenía de Morlen, mundo que los terrestres conocemos como Ganimedes, el satélite más grande del planeta Júpiter. Sus tripulantes dijeron ser nuestros Hermanos Mayores y Paz no solo les creyó, sino que a los pocos meses fundó Rahma, misión destinada a difundir y estudiar los mensajes de Oxalc, líder espiritual y guía de los ganimedianos.

Todo salió bien, en cosa de años Rahma se proyectó internacionalmente y Sixto Paz se hizo tan famoso que debió abandonar su puesto como contador de un importante banco limeño para dedicarse a dar conferencias a lo largo del planeta. Como premio, los Hermanos Mayores le regalaron una especie de boleto-valor y con él se dedicó a viajar adonde ningún hombre lo ha hecho antes.

Estando frente a alguien que se define amigo de E.T., aprovecho de despejar algunas interrogantes que siempre atormentaron mi mente.

—¿Hay extraterrestres gays?²

—No. Ellos creen en un universo de opuestos complementarios, hombre y mujer. Las relaciones homosexuales atentan contra sus principios fundamentales. En su sociedad, el sexo tiene un fin meramente reproductivo, algo imposible en individuos de un mismo sexo.

—¿Y dónde queda el placer?

—En una dimensión incomprensible al entendimiento humano.

—Tipos serios.

—Bastante.

—¿Tienen sentido del humor?

—Sí, pero en una forma extraña, jamás los he visto reírse, son como alemanes. ¿Se entiende la analogía?

—Algo... ¿Qué comen?

—Son vegetarianos.

—¡¡¡¿Hay lechugas en Ganimedes?!!!

—(Se ríe). No precisamente lechugas, pero equivalentes.

—¿Cómo son ellos físicamente?

—Parecidos a nosotros. De diferentes estaturas, pero por lo general delgados, con facciones orientales y enfundados en trajes ajustados que solo revelan el rostro y las manos.

—No sufren de obesidad, entonces.

—La obesidad es un problema solo de los humanos de la Tierra, por la mala alimentación que llevamos acá.

—Pensé que eran grises con enormes cabezas.

—Esos son otros, los Zeta Reticulanos, los que llaman Grises o EBEs, siglas en español e inglés de Entidad Biológica Extraterrestre.

—¿Hay más razas de extraterrestres?

—Por supuesto, tal como acá existen diferentes etnias. Hay millones de especies en el universo conocido. Y cerca de tres mil son las que nos visitan.

2. Versión completa de entrevista publicada en *Zona de Contacto*, El Mercurio. Viernes 27 de marzo, 1998.

—¿Y esas tres mil vienen de la Vía Láctea o de otras galaxias?

—La mayoría de la Vía Láctea...

—¿Pero sus amigos son los de Ganimedes?

—En realidad son nativos de sistemas distantes a 500 y 300 años luz de acá, en las constelaciones de Orión y Sirio. Ganimedes es solo una base de operaciones, una colonia.

—Y usted ha ido a Ganimedes.

—Dos veces.

—¿Cómo fue el viaje?

—El primero fue instantáneo, a través de un Xendra...

—Perdón, me perdí. ¿Qué es un Xendra?

—Una puerta interdimensional que conecta nuestro mundo con Ganimedes. Es como viajar sin moverse.

—¿Y la segunda vez?

—En una nave, lo que tu llamarías ovni o platillo volador. Nos encontrábamos con varios miembros de Rahma en el desierto, cuando apareció una nave en forma de disco que me cubrió con un haz de luz oblicuo. El rayo me elevó del suelo y de pronto aparecí dentro de la nave».

—¿Cómo es un ovni por dentro?

—Amplio, con un gran salón hexagonal coronado por pirámides invertidas. El piso es acolchado y muy suave. Detrás de un panel podían verse tres tripulantes...

—¿Los pilotos?

—No necesariamente. Las naves no requieren pilotos como nuestros aviones, son vehículos que reaccionan cambiando de estructura y de forma como si estuvieran vivos.

—Biomáquinas.

—Buena definición, Francisco.

—Su descripción me recuerda a cómo muestran el interior de un ovni en *Encuentros cercanos del tercer tipo*...

—Esa película es más realidad que fantasía. Steven Spielberg tuvo acceso a información confidencial del Gobierno de Estados Unidos, como parte de un blanqueamiento de imagen de una organización secreta llamada *Magic*.